

MONSERRAT

MONBERRAT

Camido del monte



Camino del monte

La primera impresión en mí producida por Monserrat, fué profundamente desagradable.

Aquellos picos grises, en su mayor parte redondos, y semejantes, por su configuración, á monstruosas calaveras humanas; aquellas vertientes plumizas, donde la vegetación parece moho y las amarillentas desconchaduras coágulos de sangre anémica; aquellos derrumbaderos, no alegrados por el caer bullicioso del agua; aquella estrambótica arquitectura con que Naturaleza se ha compla-

cido en dotar al gigante, para hacerlo adorno de teatro, montaña de cartón por torpes manos construída, causan, si se contempla Monserrat desde lejos, un efecto sencillamente desastroso.

Pero cuando se llega al pie; cuando se alzan los ojos y se contempla el desplome bárbaro de la piedra, que cae desde el remate hasta los cimientos de la montaña como rígido é impenetrable cortinón gris; cuando lo que la distancia hace mohoso negruzco, extendido sobre las rocas, vuélvese espléndida vegetación, donde las ramas se entrelazan para brindar nido á los pájaros que las alegran con sus cantos, y las flores se abren ofreciendo alimento al insecto que las acaricia; cuando por las formidables cortaduras se descubren abismos que producen vértigos suicidas y paisajes contorneados á golpe de hacha; cuando las rocas, heridas por el sol, remedan pulimentos de acero, las amarillas desconchaduras láminas de oro, y los picos redondos yelmos de combatiente homérico, y las cañadas ríos de esmeralda, y los senderos arroyos de plomo, y el cielo azul mar invertido que, por respeto cariñoso, no se atreve á inundar la montaña, varía el espectáculo en absoluto; truécase la visión, de desagradable, en sublime; la montaña se va

apoderando de uno poco á poco, dominándole, esclavizándole, obligándole á reconocer su belleza hercúlica y su salvaje majestad.

Y es que Monserrat, el monte favorito de los catalanes, guarda grandes analogías con sus paisanos hombres. El hijo de piedra, amasado por la Naturaleza catalana, es igual á los hijos de carne que la Naturaleza catalana produce. La montaña, antipática á primera vista, se torna en simpática y admirable cuando se la penetra y recorre; también los catalanes son al primer golpe de vista desagradable y antipáticos; precisa tratarlos, estudiarlos, conocerlos á fondo, para hacer justicia á su carácter, por méritos del cual ha llegado Cataluña á merecer puesto de honor entre las regiones españolas.

Cuando se le admira de cerca, Monserrat es algo así como un templo enorme, construído por artífices sobrehumanos, para venerar al Dios tronco, de quien cada religión ha tomado el suyo: la Naturaleza inmortal. Tal vez por eso compendianse en él las diversas arquitecturas con que las múltiples religiones humanas han vestido el domicilio terrestre de sus dioses.

Pagoda india semejan los redondos y panzudos peñascos que coronan las alturas de

San Jerónimo y de San Juan; columnas griegas, los airosos cilindros que se dirigen hacia la cúspide de la montaña, empenachados de verdura; idolatrorio mejicano, las amarillas rocas, dibujadas extrañamente por el lápiz del rayo; esfinges monstruosas, los peñascos que de las vertientes sobresalen, ostentando jeroglíficos indescifrables que la lluvia escribió sobre ellos; recinto y ara de sacrificios espantosos, las terribles moles cuadradas, á cuyos extremos álzanse arbustos puntiaguados, por cuyos troncos suben lianas que se retuercen como serpientes para formar cobertizos siniestros; góticas y caladas agujas, los picachos que se levantan á la parte del Bruch; inconcluída mezquita árabe, las curvadas líneas de piedra que avanzan sobre los abismos; santuario románico, el que se descubre á Poniente, describiendo un arco purísimo, por cuyo hueco asoma el sol antes de ocultarse como una hostia de lumbre... Todas las arquitecturas religiosas se confunden en el soberbio templo construído por la Naturaleza, para rendirle pleito homenaje, para saludarla como único y absoluto señor...

Emprendimos la subida hacia Monserrat por la parte de Collbató entre el acompasado caminar de los burros, la ininteligible charla de los guías y las rudas caricias del viento,

que remedaba sonos de bocina al encauzarse por las callejas de granito. El sendero es agrio, retorcido y sinuoso como el rastro de una culebra; asciende á la cumbre en forma de espiral, y cada una de sus rápidas é incontables revueltas ofrece á los ojos maravillosos espectáculos.

Tan pronto tropiezan aquéllos con ancha plazoleta, alfombrada de flores azules, rojas y amarillas, lecho perfumado que promete al viadante tranquilidad para su sueño y descanso para su fatiga, como con terrible cortadura, abierta de par en par á modo de ciclópea tumba, desde cuyo fondo extiende la muerte sus brazos; ya se cansa la vista persiguiendo alturas, cuyo fin tropieza en el cielo, ya sondando abismos, por donde los pedruscos ruedan produciendo ecos sordos, cada vez más apagados y cada vez más tristes; unas veces tienen que emplearse los brazos en apartar ramas que cierran, en su afán de enlazarse, el camino; otras hay que dejarlos caer para que no tropiecen contra las salientes de graníticas angosturas, donde el hombre, mejor que andar, ha de deslizarse con aplastamiento de reptil; cuando más seguro está uno de seguir cuesta arriba, tropiézase con una cuesta abajo; cuando imagina que ha de seguir en línea recta, da de

bruces con un recodo, al que sigue otro y otro, como una pendiente sigue á otra pendiente y un abismo á otro abismo. Momentos hay en que el sol cae á plomo sobre las cabezas, al igual que podría hacerlo en los desiertos africanos, é instantes en que el cielo y tierra se ocultan á la vista cubiertos por las vegetaciones de la manigua. Se avanza de sorpresa en sorpresa, de paisaje en paisaje, de riesgo en riesgo, durante dos horas, al cabo de las cuales descúbrese semejante á una excrecencia de la roca, á un pólipó adherido á la carne dura de la montaña, el Monasterio.

Allí, en ancha planicie, resguardado de los vientos del Norte, dando la cara al sol que nace, dominando todos los senderos que conducen á Monserrat, está el señorío de los frailes, el feudo monacal, la casa dominadora de esa hermosa finca que no paga contribución alguna al Estado.

Allí está, con sus múltiples dependencias: convento, iglesia, tienda de imágenes y relicarios, aposentos, fonda, dormitorios. Allí está, semejante á la Aduana de un reino aparte, de un dominio teocrático independiente, donde todos los que llegan á la montaña, hombres y bestias, los que duermen, los que andan, los que rezan, los que pasean,

los que aman y los que comen, tienen que pagar derechos de entrada á los humildes siervos de Dios, que, gracias á eso, pueden vivir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN,
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo 1625 MONTEGUEY, MEXICO

El Monasterio



El Monasterio

Envié un «¡Hasta luego!» á mi cristiana cabalgadura, que sin tomarse la molestia de responder, se puso á ruidar los hierbajos que en rededor suyo crecían; bebí un trago de agua y aguardiente en la cantina, puesta junto á una fuentecilla rodeada de árboles, y tomé la rampa que á la plaza del monasterio conduce.

Las puertas de los aposentos, edificados por los dominicos para ofrecer lecho y descanso á excursionistas y creyentes, vomitaban cientos y cientos de personas, las cuales, al llegar al centro de la plaza, formaban grupos y tomaban varias direcciones, como río

que, obligado á saltar entre peñas, se divide en múltiples brazos y discurre alegremente por cauces de ocasión.

Seguían unos el camino de San Jerónimo, perdiéndose por estrechas calles de verdura; otros, la pendiente que lleva á los calvos picos de San Juan; éstos se dirigían á la cueva donde Garín arrastró, para satisfacer sus apetitos de bestia en celo, á la virginal y hermosa criatura que la leyenda nos describe; aquéllos pasaban frente á la ermita, próxima al monasterio, buscando los miradores, los peligrosos balcones de hierro suspendidos sobre dos abismos, que causan horror por su altura y encanto por el panorama que descubren; quiénes echaban monte abajo para saludar la gruta de la Virgen y recrearse en la contemplación de los grupos escultóricos que distraen las fatigas del viaje; cuáles bordeaban la montaña, buscando sombras y hoquedades, lechos de hierba, pabellones de ramas, útiles á la reflexión y al amor; algunos se detenían frente al bazar católico inmediato á la iglesia, y mercaban estampas, rosarios, alfileres, sortijas, lentes de hueso, medallas de oro y plata, en todos los cuales se ostenta la imagen de la Virgen de Monserrat, del reclamo celeste, que multiplica los compradores; muchos de éstos entraban en la iglesia (que

así fuese artística como lujosa) encaminándose después hacia el camarín de la Madre de Dios, para rozar con su manto los objetos mercados, y depositar una limosna en la bandeja que se alza, como una casilla de consumos, á la entrada del místico oratorio; los menos rezaban breves segundos; los más volvían á la plaza, aumentando con su presencia el trajín, el vocerío y el estruendo de aquella feria permanente.

El espectáculo que presenta la plaza es único; no se parece á ninguno de los hasta ahora presenciados por mí.

Obreros endomingados, limpios, satisfechos de soltar, un día siquiera, el pesado é ignominioso yugo del trabajo servil, forman corros felices, ostentando ellos la blusa azul, la gorra de seda, el obscuro pantalón y la blanca alpargata; vistiendo ellas curioso traje de percal, esmaltando su pelo con manojos de flores silvestres, recogidas en sus ascensiones por el monte, y charlando unos y otras con charla bulliciosa y alegre; aficionados de la fotografía asaltan los senderos, aparato en ristre, disponiéndose á fusilar rocas, hombres, bestias y frailes; parejas matrimoniales, más ó menos auténticas, se apartan de la multitud á fin de colonear lugares desiertos; señoritas y señoritos prolongan casorios,

aprovechando las revueltas del monte para darse un apretón de manos ó un beso furtivo; excursionistas extranjeros, que apenas si hablan castellano, vuélvense locos para que les entiendan los que sólo entienden catalán; los payeses-guías dormitan á la sombra de los arbustos; gran parte de la gente se abre en dos hileras con objeto de presenciar el desfile de una música de seminaristas, la cual musiquita presidida por un clérigo, sube al espacio sonando á insoportable murga; los comedores de la fonda muestran por sus ventanas entreabiertas los rostros de los comensales enrojecidos por la gula; en el despacho de aposentos, un dominico reparte llaves de habitaciones, que resultarían gratuitas si un cepillo, puesto en el sitio más visible de aquella oficina, no solicitase, en concepto de limosna, lo que en clase de estipendio rechaza; los mozos van y vienen con sábanas, toallas, palanganas y cubos... Todo se mueve, todo oscila, todo zumba en rededor del monasterio como interminable colmena, que en lugar de mieles lleva hasta él pesetas, duros y billetes de Banco.

Porque allí todos pagan y todos contribuyen al sostenimiento del culto... y del clero. Todos son tributarios del monasterio: los que le visitan y los que le sirven; el fondista

que arrienda el derecho á dar de comer á los fieles; los hosteleros de San Juan y de San Jerónimo; los payeses conductores de las caballerías; los que venden bastones y los que venden aguardiente; los que trafican en imágenes y los que trafican en comestibles; los que expenden láminas santas y los que expenden productos de la Tabacalera. Los viajeros dan al convento sus limosnas, el bosque su leña, el monte su caza, los árboles sus frutos y la atmósfera sus efluvios de energía y salud. Todos son allí contribuyentes; todos pagan algo al convento. El convento no paga, en cambio, nada. Disfruta gratis, sin partírselos con el Erario, los rendimientos que la enorme finca produce, y es en ella señor absoluto.

No es que trate yo de pedir al Estado que administre por su cuenta el productivo recreo de Monserrat, ó que lo arriende á una Compañía explotadora que pagaría por ello alquileres monstruosos; no. Sigán los dominicos administrando el monte. Convento más ó menos, poco significa en este hormiguero de cogullas que se llama España.

Sigán los dominicos administrando Monserrat. Mientras sus colegas de todas órdenes administran y rigen, como ellos, otros señores y otras conciencias, sigán ellos al frente

de la hermosa montaña. Pero, aún así y todo, bueno fuera que en nuestra patria, donde agricultores, industriales, comerciantes y propietarios civiles pagan fuertes contribuciones por ejercer su profesión; donde los pobres, los que nada poseen, satisfacen el odioso impuesto de consumos y cubren solos la terrible contribución de sangre, estos apreciables religiosos, que ni pagan consumos, ni tienen obligación de ser soldados, pagasen por todos los oficios que ejercen en Monserat: como fondistas, como cafeteros, como comerciantes, como traficantes en carbón, como panaderos, como almacenistas de licores y como alquiladores de habitaciones para parejas de ambos sexos...

Así pensaba yo, confundiéndome con la multitud y recorriendo con ella el camino que á la gruta de la Virgen conduce y el ferrocarril de cremallera bordea, afianzándose con sus garras de acero á la audaz y vertiginosa pendiente de la línea; deteniéndome ante la cueva de Garín, del asceta-fauno, á quien los excesos de castidad llevaron á cometer excesos de bruto; asomándome á los miradores de hierro para saturar mis ojos con las indescriptibles bellezas que les ofrecían las riberas fértiles, por las cuales arrastra el Llobregat la líquida plata de sus ondas;

alzándolos más tarde hacia los picachos grises, cabezotas inmensas coronadas de hiedra, que desafían el cielo cara á cara; y poniéndolos al cabo en el espacio infinito y azul donde brillaba el sol, fecundando con caricias de fuego la granítica matriz de la montaña tendida á sus pies.

Entre dos cielos



Entre dos cielos

Fué un día poético de San Juan... Estábamos en los picachos de Monserrat que llevan este nombre, á esa hora que junta la noche con el día, cuando comienza el cielo á sentir la anemia de la luz, y la estrella de la tarde se despide del sol, que tiñe las nubes de rojo y las transforma en esputos sangui-nolentos de titán próximo á morir.

¡Noche de San Juan!... Noche pagana, que, por serlo, resultas divinamente hermosa, ¡qué comunión de amor y alegría estableces entre todos los hombres, haciéndoles saludarse de un extremo al otro del mundo con el resplandor humoso de tus hogueras!...

¡Noche de San Juan!... Desde los picos que se denominan como el patrón católico, heredero de la deidad mitológica que te presidió antiguamente, evocaba yo los preparativos de tu fiesta: el ir y venir de los mozos y mozas del campo amontonando ramajes en las eras, en las puertas de los caseríos, en los cortijos, en las masías y majadas; el de los que habitan las ciudades, haciendo lo mismo en calles y plazuelas, y el de quienes del mar se nutren, verificándolo sobre las puntiagudas rocas y sobre las playas que las olas acariciaban con su aliento vivificante y húmedo.

Veíalos arremolinarse junto á los montones de combustible, prontos á arder, y removerlos impacientes, aguardando la definitiva ausencia del sol, para darles fuego, para bailar en torno de las brasas, entonando cantares; para salvarlas con saltos locos, entre gritos de júbilo y carjadas de placer. Eso veía yo, como veía á los ancianos, á los que por despotismos de la edad están sujetos á pasivo existir, contemplando desde las sillas, desde los bancos, desde asientos de césped ó cojines de piedra, el bullicioso pajarear de la gente joven y aguardando también como ella el instante en que, al toque de oración, buscasen las teas los irregulares edificios de leña y paja, y las convirtieran en un

ejército de hogueras capaces de ahogar al espacio con sus brazos calcinadores y producir espanto á la noche con el resplandor de sus llamas y el crujir de sus chispas.

Sobre el picacho de San Juan habían hacinado los habitantes de la hostería ramas secas, matas de tomillo y romero; también ellos esperaban el toque de oración para celebrar su fiesta nocturna.

¿Qué sitio más á propósito—dije á mis compañeros—que esta elevadísima cumbre para presenciar, para ver en toda su belleza, el espectáculo que la noche de San Juan va á ofrecernos?...

El día acaba de desaparecer. Un resplandor lechoso se extendió momentáneamente por el cielo, prólogo tristísimo de la vecina oscuridad; los astros brillaron con fulgor indeciso; la tierra se desvaneció entre una bruma gris; Monserrat tomó las apariencias de un fantasma negro... Un silencio absoluto, no turbado por el más insignificante rumor, envolvía á la soñolienta Naturaleza...

Aquel silencio turbóse de pronto... Las campanas del monasterio sonaron con melancólica lentitud... Cerca de nosotros pasó una sombra agitando un tizón ardiente... Escuchóse algo como un quejido doloroso: eran las ramas crugiendo al contacto del fuego resistién-

dose á arder... Una columna de humo, ténue al principio, densa y sofocante muy pronto, elevóse al espacio; por entre aquella columna de humo saltaron, primero, cinco ó seis chispas rojas; luego apareció un hilo de lumbre; por fin, un torrente de llamas. La hoguera de nuestro observatorio estaba encendida... Era la primera, un heraldo bermejo que anunciaba á la antigua patria aragonesa desde el formidable peñasco, la noche de San Juan.

Como si sólo aguardasen aquella señal para hacer su presentación, comenzaron á brillar en todo el extenso horizonte puntos luminosos. Primeramente aparecieron en distintos puntos del Monserrat; á seguida festonearon la llanura; brillaron después en los montes próximos; más tarde, en los lejanos... en todas partes á la vez.

Eran como faros inmóviles, señalando pueblos y montañas, eminencias y llanos, campos y ríos, inaccesibles cumbres tapizadas de nieve, vergeles interminables cubiertos de verdura, los comienzos del mar, los remates del Pirineo... toda la espléndida tierra franca, aragonesa y catalana, convertida por aquel ejército de luces en cielo nuevo, en semental de estrellas aún no clasificadas por los astrónomos.

Un cielo, sí, un cielo parecía entonces la tierra, vista desde las alturas de San Juan; un cielo tachonado de luminares que se ostentaban puros, resplandecientes, sin mancha alguna, con limpidez igual á la de los astros que resplandecían arriba, en el cielo de siempre.

Pocas veces he sentido impresión más honda que la sentida entonces cuando contemplé, desde mi observatorio los dos espectáculos: el de la tierra y el del cielo; no, dije mal, el de los dos cielos, que se ofrecían á mis ojos.

Dos cielos en su competencia de puntos brilladores y de impenetrables negruras. En el de arriba parecían las nubes montañas y las estrellas sobre aquellas nubes erguidas faros guadores del caminante entre el oleaje de sombras que salpicaba lo infinito; las nebulosas, culebreando por el espacio con sus lechosos resplandores, aparentaban ríos prisioneros de sus cauces que los conducían al mar. En el de abajo remedaban las montañas nubes, las hogueras sobre las montañas encendidas estrellas anunciadoras de otros mundos y de otros seres, la llanura en tinieblas nocturnas superficie celeste, el mar confuso girón de niebla agitado en el espacio por el viento y el Llobregat, próximo á

nosotros, y los arroyos que en Llobregat vierten sus aguas, nebulosas perdidas en una bóveda sin límites. Los ojos, turbados por la analogía de estos paisajes no acertaban á comprender donde empezaba el uno y donde concluía el otro; una estrella brillando al término del horizonte, confundía sus reflejos con los de una hoguera que los caprichos de la distancia colocaron al lado suyo y la imaginación, siempre fácil para forjar alhagüañas mentiras, terminaba por crear cielo tan permanente y sublime como el cielo de siempre, el cielo de ocasión en que había convertido la tierra la hermosa noche de San Juan.

Sí; no cabía duda, dos cielos eran; de no ser dos cielos resultaría forzoso declarar á la atmósfera espejo interminable, donde se contemplaba vanidosamente el infinito.

¡Dos cielos! Dos cielos, entre los cuales flotaba Monserrat como atrevido bajel, ansioso de explorarlos.

No es para descrita, para contemplada es la escena tal como la ví yo cuando todas las hogueras ardían á un tiempo y todos los astros fulguraban á un tiempo también en prodigioso torneo de llamas.

La lucha fué breve; los alardes orgullosos de la tierra quedaron vencidos. Algunas ho-

gueras empezaron á apagarse... Luego comenzó el extinguiamiento total, que fué verificándose poco á poco, con lentitud siniestra, como una dolorosa agonía; las cumbres tapizadas de nieve desaparecieron en la sombra; los campos cubiertos de verdura, se ocultaron entre tinieblas; desvaneciéronse los reflejos del río; se disiparon uno á uno los faros naturales que alumbraban pueblos, cortijos, masías, casas de pescadores...; un velo negro se extendió por todas partes á la vez; la hoguera que iluminaba el pico de San Juan estremeciósese con una última llamarada azul y esparció sus brasas el viento; Monserrat se ocultó; la última estrella del improvisado cielo terrestre apagóse con impotente chisporroteo, y en el cielo de arriba continuaron luciendo, como arrogantes triunfadores, los astros divinos, los hijos eternos de la luz.